

Deudores y acreedores de don Ramón

I

Don Julio Caro describe en *Los Baroja*, ese libro fundamental para conocer la España del último medio siglo, lo que fue la Universidad en los primeros años de la postguerra: «Y es que si mi experiencia de estudiante de 1931 a 1936 no fue muy agradable, lo que padecí del 39 al 41 no puedo expresarlo. Era la época de los exámenes patrióticos, de los alféreces y tenientes y capitanes que iban a clase con sus estrellitas, cuando no con el uniforme de Falange. Al entrar en la clase se alzaba la mano, se cantaba el *Cara al sol*, se decían palabras rituales. Esto un día y otro. Entre los profesores los había que estaban asustados y corridos. Otros se hallaban en pleno frenesí, mezclando el más ardiente fervor gubernamental con un espíritu de odio profesional bastante vergonzoso (...) La indecencia individual se notaba incluso en los más pequeños detalles». Carande nos cuenta el triste, melancólico final de uno de sus más conmovedores raros, Pablito, Pablo Gutiérrez Moreno, todo generosidad y altruismo, expulsado de la Residencia de Investigadores de la calle del Pinar, después de haber dedicado su vida y sus ahorros a fomentar la enseñanza de las Bellas Artes, y obligado a reingresar en el servicio de su primera profesión, la de telegrafista, de cuya jubilación viviría modestísimamente sus últimos años, al no ser tenido en cuenta para nada en el cuerpo de arquitectos al que pertenecía. La España liberal, muy debilitada ya en el período republicano, era sustituida tras la guerra civil por un «nuevo orden», que «empezaba destruyendo las bases sobre las que se había fundado la vida española a costa de mil esfuerzos, a partir de Carlos III por lo menos. Porque los teorizantes del momento no sólo renegaban del socialismo y de la República, sino que también cargaban toda clase de culpas sobre la Revolución del 68, la del 54, la Constitución del 12 y los partidos liberales desde el tiempo de Jovellanos al de Romanones. No había más que la «Tradición».¹ Juan Benet, en un magistral ensayo, *Barojiana*, ha conjurado sus recuerdos de entonces y su testimonio constituye una luminosa interpretación del significado de Pío Baroja y su entorno —su humilde entorno— para unos hombres situados en una dramática coyuntura. Los hombres, aquellos que fueron «educados en un clima liberal» y esperaban día a día que se produjera el fin de una situación. La coyuntura, los finales de la Segunda Guerra Mundial, 1946, unos pocos meses antes de que Bidault, obedeciendo el mandato de la Asamblea Constituyente, cerrara la frontera para que, de consuno con la resolución de la ONU condenando al régimen español, «dejara a aquellos hombres en el más escuálido y desamparado aislamiento». Benet nos trae el duro recuerdo de aquellos años de hambre y de frío, de «renovada jactancia y patriotismo de campanario»,

¹ J. Caro Baroja, *Los Baroja* (Memorias familiares). Madrid, 1972, p. 343.

en los que la tertulia barojiana de Ruiz de Alarcón 12, en pleno «barrio griego» de Madrid: Casas, Arteta, Val y Vera, Gil-Delgado, Valderrama..., hombres que, como don Pío, nunca serían genios oficiales ni directores generales, es decir, que «nunca llegarían a nada», representaba, simplemente, la sencillez, la decencia, la libertad: «Para mí —diría Benet— aquel par de horas en su casa, cada diez o quince días, constituía la única posibilidad de ver con mis ojos un orden que por todas partes veía turbado, del que me habían hablado en casa, pero que yo no llegaría a compartir ni a disfrutar; a falta de una sociedad en la que vivir con cierto gusto, a la que prestar el propio concurso, no quedaba más que la visita devota a las ruinas de la civilización precedente y la participación en la lucha...» Sí, Baroja y su entorno significaban la continuidad de la tradición liberal.²

Unos años después, para los que, como a principios de siglo lo hiciera Regino Escaro de Nogal, ascendíamos por la monumental escalera, presidida por la estatua de Cisneros, del desvencijado y, en el tiempo, entrañable caserón de la calle San Bernardo, la situación no era ya la misma. Llegábamos con un curioso bagaje literario. Hojeando a Ramón y Cajal, a Caro Baroja, al propio Regino, se comprueba que las lecturas de los jóvenes bachilleres inquietos habían cambiado muy poco a lo largo de más de cincuenta años: las fábulas de Samaniego, Fernández y González, Erkman Chatrian (no ha mucho un embajador francés, socialista, no sé bien si desde la incultura o el desdén, se refirió a Galdós como el Erkman Chatrian español), el capitán Marryat, Julio Verne, Salgari y Pedro Antonio de Alarcón, se mezclaban con Alejandro Dumas, el Quijote, *Fabiola*, *Ivanhoe*, *Los últimos días de Pompeya*, algunas obras de Galdós, Pereda y Palacio Valdés y, por supuesto, Bécquer y Rubén Darío. También «Azorín», Curwood, Zane Grey, Kipling, quizá Tolstoy y Dickens... Posiblemente, las novedades fueron las novelas de la colección de *Hombres Audaces* y del Coyote, Van der Meersch y Lajos Zilahy, Juan Centella y Jorge y Fernando...

Pienso ahora que no muy diferente de la de aquellos hombres era también nuestra actitud. Más o menos inficionados por las ideas vigentes, entrábamos, sin embargo, en la Universidad con mucho respeto, con ideales románticos, con fe en la ciencia, creyendo que la verdad podía alcanzarse y con una cierta concepción de la cultura que uno recuerda como bastante auténtica y, pese a todo, ciertamente entonces no lo sabíamos, con un fermento liberal indudable: una cultura que entendíamos unida a la adquisición de saberes de difícil aprendizaje y que nos enseñaría a escoger, a orientar nuestra vida desde unas razones bien fundamentadas.

¿Cómo era entonces la Facultad de Derecho de la Universidad Central? En el recuerdo se mezclan profesores excelentes y tipos extravagantes: la cátedra permite, observa Pío Baroja, el cultivo de la personalidad postiza y genialoide. Pero allí estaban Galo Sánchez, Ursicino Álvarez, Federico de Castro, Pérez Serrano, Garrigues, García Valdecasas, los muy jóvenes García de Enterría y Alonso Olea... Algunos, por fortuna, nos siguen enseñando, otros se fueron y su silueta se va desvaneciendo. He pensado a veces, recordando aquellos tiempos, en las palabras de Carande al evocar a don Manuel Gómez Moreno: «Estas anécdotas son banales; sin embargo, acaso encierren algu-

² J. Benet, *Barojiana*, en *VV.AA.*, *Barojiana*. Madrid, 1972, p. 42.

na almendra amarga en su corazón. Presumimos con frecuencia de ser patriotas. Se presume —dice el refrán— de lo que no se tiene. Las pruebas de carencias nuestras, en este orden de cosas son notorias. Una me preocupa, entre tantas. De nuestros diálogos con grandes españoles coetáneos, que ya murieron, y tampoco de sus monólogos tenemos acta, ni la levantaron en sus días nuestros antepasados. Esta omisión contumaz nos deja el espíritu empobrecido y sin el recuerdo fiel de la palabra de los maestros. No sería Eckermann un genio. Fue un hombre sencillo, afortunado, curioso y abnegado. No creo que fuera difícil seguir su ejemplo. ¿No imitarle es, acaso, prueba de patriotismo?»³ Pronto en la Facultad, era inevitable, no es posible el derecho sin la libertad; junto a los grandes nombres como Ihering, Savigny, Kelsen, empezábamos a encontrar las huellas de la tradición sumergida. Torres López, un excelente profesor de Historia del Derecho, nos remitía a Hinojosa y Sánchez Albornoz; Pérez Serrano, a Adolfo Posada... Creo que fue en la vieja biblioteca del Aula Valdecilla, donde las pálidas sombras de los krausistas, de quienes apenas nada sabíamos hasta entonces, empezaron a tomar contornos precisos, en un ambiente físico que seguramente no se diferenciaba demasiado del de muchos años atrás: en aquellas aulas habían profesado sus cursos de doctorado don Francisco Giner y don Gumersindo de Azcárate, en la calle de la Estrella estaba la casa donde vivió Sanz del Río, en Espíritu Santo tuvo la suya el Amigo Manso...

Creíamos entonces que el 98 recuperaba, apoyado desde posiciones falangistas críticas, una vigencia que después perdería, semiborrado por el culto a la generación del 27, que el amor a España exigía conocerla profundamente y ese conocimiento nos llegaría con una relación física, casi carnal, recorriéndola a pie, sumergiéndonos en ella. Con este espíritu proyecté una excursión para recorrer a pie la comarca de la Vera, cruzar después el Macizo Central de Gredos y concluir en Ávila. Casualmente, el día antes de partir encontré en la cuesta de Moyano un pequeño volumen de pastas azules, en su interior la reproducción de un cuadro de Sorolla, representando a un caballero distinguido, de figura muy semejante a las de los cuadros del Greco. Era *De su jornada*, fragmentos recogidos por sus discípulos de la obra de Manuel Bartolomé Cossío. Por curiosidad, el nombre del autor me era desconocido, lo compré y lo llevé a la marcha. La lectura de Cossío, el recorrido de la Vera, jaquella acampada junto al estanque de un Yuste abandonado!, la travesía de Gredos, fueron experiencias inolvidables. Seguramente ningún libro me ha influido más. Lo que hasta entonces habían sido chispazos, atisbos, intuiciones, ideas dispersas, a veces encontradas, justo es decirlo, en publicaciones del falangismo inconformista: *Alcalá*, *La Hora*, *Juventud*, empezaron a relacionarse, a organizarse. Allí estaba lo que, más o menos intuitivamente, venía buscando, depurado ya de gangas retóricas, de desviaciones y desmesuras. Una cierta idea del hombre, incompatible con cualquier pretensión totalitaria o estatalizadora, del «hombre interior», es decir, la persona, el individuo, entendido como único generador de la vida colectiva, que será siempre la expresión del ser y de la condición moral de aquél; una concepción de la educación, entendida como «una acción universal, difusa y continuada, de la sociedad (y aun del medio todo), dentro de la cual la acción del educador intencional desempeña la función reflexiva, definida, discreta, propia del arte en los

³ R. Carande: Don Manuel visto y oído, en *Personas, libros y lugares*. Valladolid, 1982, pp. 15-16.